

LAS MARSELLESAS HACEN HISTORIA EN EL FÚTBOL FRANCÉS

Sandra Moreno

El pasado 28 de marzo, el Stade Vélodrome de Marsella, uno de los recintos más icónicos del fútbol francés, vivió algo que nunca había visto: más de 35.700 personas llenaron sus gradas para ver jugar a las mujeres. El partido de [la Arkema Première Ligue](#) entre las [Marseillaises del Olympique de Marsella](#) y el Montpellier HSC no era una final, no era una cita europea de altura. Era la jornada 19 de liga. Y, sin embargo, batió el récord histórico de asistencia de la máxima categoría del fútbol femenino francés, superando los 30.661 espectadores del Lyon-PSG de 2019. Que el resultado fuera una derrota por 1-2 importó, en cierto modo, menos que lo que ocurría en las gradas.

Porque ese estadio lleno de azul y blanco no era sólo un hito deportivo. Era la culminación visible de quince años de esfuerzos de las futbolistas, de avances legislativos, de reivindicación y del trabajo directo al objetivo.

De los barrios al templo del fútbol de Marsella

La sección femenina del OM tiene una historia que, en sí misma, es un reflejo de las dificultades estructurales que han enfrentado las mujeres en el deporte. Fundada en 1927, desapareció en los años treinta, fue reactivada en los setenta y volvió a disolverse en 1986. No fue hasta 2011 cuando el club la refundó, desde cero, en el campeonato distrital de Provenza.

El ascenso fue tan vertiginoso como irregular. Campeonas de distrito en 2012, de la División de Honor en 2014, presentes en la primera división en 2016. Pero también relegaciones en 2018 y 2020, esta última, durante la pandemia, y dos temporadas más de intentos frustrados. El despegue llegó en 2024-2025.

Con Corinne Diacre, exseleccionadora nacional francesa, en el banquillo desde octubre de 2025, el equipo cerró la temporada con nueve victorias consecutivas y se proclamaron campeonas de la Seconde Ligue el 18 de mayo de 2025. Regresaban a la élite. Y lo hacían, además, con nombre propio: ese mismo septiembre, el club adoptó la denominación oficial de "Les Marseillaises" y un nuevo escudo inspirado en la figura de La Marseillaise. Un gesto que no es menor: hablar de identidad propia es hablar del derecho a existir en femenino.

La ley como catalizador

El fútbol femenino francés ha crecido amparado por uno de los marcos jurídicos más avanzados de Europa en materia de igualdad deportiva. Las leyes de 2000 y 2014 pusieron los cimientos. La ley de marzo de 2022 fue más lejos: impuso la paridad obligatoria en los órganos de gobierno de todas las federaciones deportivas. Hoy, el Comité Ejecutivo de la Federación Francesa de Fútbol cuenta con 14 mujeres sobre 28 miembros. No como excepción, sino como norma.

En 2024 se creó la [Ligue Féminine de Football Professionnel](#), una figura jurídica que hasta entonces no existía y que supone un cambio estructural de fondo: contratos, salarios mínimos, protección en caso de maternidad, recursos propios. Profesionalización, en una palabra. Porque sin derechos laborales reconocidos, la igualdad en el deporte es solo retórica.

El Estado ha acompañado este proceso con financiación específica. En 2025, el 20% de los créditos del Programa Sport Féminin se destinan a acciones específicas para mujeres y niñas, frente al 12,9% del año anterior. La Federación registra más de 251.000 licencias femeninas y aspira a llegar a las 500.000 para 2028. Las cifras importan, pero lo que hay detrás de ellas también: niñas que se apuntan a fútbol porque ven que existe un camino y que ahora tienen referentes.

Más allá del marcador, es una cuestión de derechos

Desde la perspectiva del derecho internacional de los derechos de las mujeres, la Convención de la ONU sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), la normativa de la FIFA, lo que ocurrió en el Vélodrome trasciende el resultado deportivo.

El deporte femenino no es un asunto de cuotas ni de gestos simbólicos. Es un vector de los derechos de las mujeres. La visibilidad genera modelos de referencia: 35.000 personas, muchas de ellas familias con niñas y niños, vieron que las mujeres merecen el mismo escenario que los hombres. Eso combate estereotipos que ningún reglamento puede eliminar solo. La profesionalización reduce una brecha salarial histórica y crea empleos en un sector que durante décadas fue muy precario. La profesionalización que genera el deporte femenino, documentado por organismos como UNESCO u ONU Mujeres, tiene efectos reales sobre los derechos al trabajo, el libre desarrollo de la personalidad, la salud, la realización personal, el liderazgo y la participación activa de las mujeres en la toma de decisiones que conciernen y su influencia en las niñas.

El récord del Vélodrome demuestra también algo que a veces cuesta admitir: el público responde cuando se invierte en visibilidad. Las entradas eran gratuitas, sí, pero se habían reservado cerca de 55.000 localidades. No fue sólo generosidad institucional; fue una



apuesta consciente por democratizar el acceso, romper la invisibilidad y apoyar el deporte femenino. El fútbol femenino es ya una realidad deportiva y económica, una oportunidad social y un derecho consolidado de las mujeres y niñas.

Francia ha construido un modelo que combina legislación de paridad, profesionalización, financiación pública y compromiso y apoyo institucional. Un modelo que, en otros países europeos, aún está por construir y debemos emular.

EDITA: IUSPORT

Marzo 2026